RECAPACITANDO

Les voy a contar una situación que me sucedió hace poco y que me ha dado vueltas en la cabeza desde entonces, sobre todo, porque entre más pasa el tiempo, más se acerca el día en que tendré que jubilarme y esto me tiene con el alma en vilo. Ya ven como dice el dicho ‘que no hay fecha que no se cumpla, ni plazo que no se venza’.

Yo soy maestra de primaria y llevo más de 30 años ejerciendo esta vocación. Así es, para mí, la docencia es un llamado, una de las inclinaciones más bellas e importantes que tiene que realizar el ser humano con las nuevas generaciones, principalmente, con los niños. No se trata, como muchos piensan, de una labor que cualquiera pueda hacer, que por el simple hecho de haber estudiado alguna carrera, ¡zas! ya puedes enseñarle a los niños. Tampoco creo que sea un imposible, pero, se requiere tener los conocimientos pertinentes y la inclinación para no llevar a cabo los planes y programas, como si fueran un instructivo.

Actualmente trabajo en una escuela pública y, como bien saben, al inicio del ciclo escolar cada maestra lleva a cabo un diagnóstico inicial del grupo que le es asignado, entonces, se realizan diversas actividades que tiene como propósito reconocer el nivel académico con el que recibimos a los alumnos, en relación al perfil del grado recién concluido y, a partir de ello, implementar las estrategias y jerarquizar las áreas de conocimiento en las que tenemos que trabajar con mayor urgencia; todo eso dosificado en la planeación didáctica e informado a los padres de familia en las juntas de inicio, realizadas a principios o mediados de septiembre, al terminar el diagnóstico.

Yo soy una maestra muy exigente y me gusta tener un trabajo intenso con mis alumnos, que para ser sincera, me ha traído diferentes problemas con los padres y madres de familia, pues, no les gusta que les exijan a sus niños o niñas y, ponen toda clase de excusas y justificaciones para evitarlo: ‘lo va a traumar’, ‘es que le tiene mucho miedo’, ‘ya no quiere venir a la escuela’, ‘la maestra anterior la dejaba ser’, ‘es sólo un niño’, ‘él no tiene la culpa’, ‘el maestro del año pasado no se lo enseño’ y un largo etcétera, que muchas veces pienso son el modo de disfrazar su indolencia, pues, a mayor exigencia con sus hijos, mayor compromiso adquieren como padres, y eso, en definitiva, no les parece.

Al inicio de este ciclo, después de realizar el diagnóstico, los resultados mostraron un cierto atraso en el grupo y, púes actué en consecuencia. Cuando llegó la primera junta con los padres de familia, preparé los puntos más importantes a tratar como: la forma de trabajo y de evaluación; las características académicas y conductuales que tiene el grupo; las estrategias a seguir y el apoyo que esperaba de ellos. Sin embargo, el día de la junta, después de darles los resultados del diagnóstico y de comunicarles en qué áreas tendríamos que trabajar más, les comentaba sobre la importancia de los valores, las reglas y los límites, cuando una mamá me interrumpió y dijo muy molesta:

- Pues yo no estoy de acuerdo con sus modos y la forma de trabajo. Por su culpa mi hijo ya no quiere venir a la escuela; se pone a llorar, tiene miedo, no puede dormir, incluso, ya está ‘somatizando’ por todo lo que le hace y le provocado. Nunca nos había pasado esto, hasta ahora que tomó usted el grupo.

Un tanto sorprendida, le pedí que se tranquilizara y que al finalizar la junta trataría con ella el problema; cuando se levanta otra mamá y dice alterada:

- ¡No! Vamos arreglar eso de una vez, yo tampoco estoy de acuerdo como trata a nuestros hijos. Mi hija me ha contado que usted no les tiene paciencia, que los presiona, que quiere todo rápido y que no les da permiso de hacer actividades libres aunque ya hayan terminado.
- ¡Si es cierto! –dice una tercera- A mí también me ha contado mi hijo que les grita y los regaña todo el tiempo
- De ninguna manera –contesté- jamás he faltado al respeto, ni agredido a ningún alumno.
- Si es cierto –dicen y, remata una de ellas- y por eso ya hablamos todos los papás porque queremos que la quiten del grupo. ¿Qué no sabe el daño que les puede provocar? Ahorita mismo vamos por la directora para contarle el tipo de persona que es usted y que exigimos su destitución.

Para ese momento ya se habían sumado otras mamás y la bulla era tal, que no se creería que proviniera de un salón de clases. Me sentí muy angustiada, molesta, vulnerable, cuando de pronto, entre las personas, distinguí al fondo del salón una cara conocida que me veía fijamente. Se levantó de su lugar y mi mente retrocedía en el tiempo para ubicar esa mujer, que era nueva en la escuela, pero, no desconocida del todo para mí.

- Me permiten decirles algo –dijo en voz alta y con cierta indignación- ¡Cómo es posible que…

Para este momento ya la había reconocido y narró una historia, de las más comunes si se quiere, pero muy sentida a mí parecer, sobre todo, porque no siempre tenemos la oportunidad de ver recapacitar a las personas. Dice:

- Hace muchos años, 17 para ser exactos, a mi único hijo lo llevaba a escuelas particulares. Curso el preescolar y la primaria en 3 escuelas diferentes, ya saben, apenas tenía algún problema con las maestras que le asignaban y, si no me complacía sus soluciones, pues, inmediatamente lo cambiaba a otra, y así, el último año de primaria llegaba a una nueva escuela donde le tocó turno de probar su profesionalismo a la maestra Laura. Pero, como en todos los casos anteriores, no dio el ancho, pues, como ahora ustedes, tuvimos en ese entonces el mismo problema.

  Los primeros bimestres transcurrieron sin novedad alguna, pero, como siempre sucede con los maestros, al final de cuentas le salen sus fallas. Empezó a decir mi hijo que la maestra lo presionaba, que no lo dejaba ser, que sentía que la traía contra él. Por supuesto, yo como la madre

sobreprotectora que siempre fui, me presenté a la escuela a poner las cosas en su lugar. Para no hacerles el cuento largo, el chiste es que hice todo lo posible para que le cambiarán de maestra, pues, era inaudito que la maestra tomara las cosas como algo personal. Finalmente, lo único que yo pretendía era orientarla y ayudarle a realizar adecuadamente su trabajo. Y eso de que mi hijo no tenía límites, y que no quería trabajar o que no seguía las reglas del salón, pues, era culpa suya, por su incapacidad o simplemente porque ya lo traía de encargo.

Por fin salió de la primaria y lo inscribí en una secundaria de categoría, aunque al igual que en los niveles anteriores, necesitó dos escuelas para terminarla. Luego, presentó el examen para ingresar a la preparatoria y no se quedó en ninguna. Esto confirmaba todas mis sospechas y acusaciones: Los maestros y maestras que le habían tocado eran unos incompetentes; pero, no importaba, porque lo inscribimos en una escuela particular y le compramos un coche para que estuviera al nivel.

Hasta este momento las mamás y los escasos papas que estaban presentes la escuchaban con atención y me veían con reticencia y burla. Como si vieran en ella a una aliada que viene a entregarles un secreto turbio para asestar el golpe final. Y continuaba contando:

- Aquí viene lo que me interesaba compartirles. En el segundo año de la preparatoria, mi hijo embarazó a una chica. ¿Cómo es posible? -Decíamos su papá y yo- si hemos puesto todo nuestro empeño para darle todo. Pues así es: es posible y no sólo eso, es la consecuencia de nuestras acciones y omisiones. Aunque los casamos, como para taparle el ojo al macho, no pasaron ni dos años cuando ya se estaban divorciando.

Luego de separarse, ya no nos dejaron ver a la niña y -como decían en una película- todavía no se secaba la tinta de su divorcio y uno y otro ya andaban con otras personas. La chica se volvió a embarazar y se juntó nuevamente y, ya menos volvimos a saber de mi nieta. Mi hijo por su parte, se juntó y tuvo a César que asiste a esta escuela, pero, como van las cosas no tarda en separarse y, quizás, me lo arrebaten también. Créanme que lo que les cuento me causa un inmenso dolor, y más, porque hace poco me enteré que mi nieta que acaba de entrar a la secundaria, quedó embarazada de un tipo mucho mayor que ella.

Así es que ahora que los escucho, y después de lo que he vivido, sólo me queda por decirles que no tiene ninguna razón de ponerse así. Deberían de permitirle a la maestra que haga su trabajo y que si nosotros no somos capaces o no queremos guiar a nuestros hijos, al menos, permitámosles que en la escuela vislumbren alternativas. Si tan sólo le hubiera hecho caso a la maestra en aquel momento, pero, muy tarde me he dado cuenta de mi error.

Esta, tal cual, es la historia de la señora, aunque en realidad cuando se paró lo que dijo fue:

- ¡Cómo es posible que después de tantos años de trabajar con los niños, siga cometiendo los mismos errores!

No dijo nada más, porque llegó la directora con los alumnos que estaban en la clase de computación. Sólo que cuando se levantó me imagine que diría todo esto que le había sucedido, pero no fue así.

Después se les preguntó a los niños sobre las acusaciones que estaban haciendo sus padres y las desmintieron. Todo fue un cuento, iniciado por la mamá que decía que su hijo somatizaba y por los rumores que habían escuchado sobre lo regañona y exigente que era. Afortunadamente los niños no confirmaron la farsa, pero, no siempre es así. Uno tiene que lidiar con los alumnos, otras con las madres y padres y, otras tantas con ambos y, cada vez es más reiterativo y descorazonador.

¡Qué poco tiempo que me queda por trabajar y cuántas cosas por hacer!

EROSEIN